

Napoleón, que sorprendió á los invitados presentándose y permaneciendo entre ellos más tiempo que en el baile de la víspera. Al entrar, quince jóvenes se acercaron á él; una de ellas, la señorita Aimée Ruspino, hija de un contraamaestre, antiguo bombero de la ciudad, llevaba una gran canastilla de flores, y las otras, vestidas uniformemente de azul, un ramo en la mano. La señorita Ruspino dirigió un cumplido al príncipe, que abrió el baile con ella, teniendo en frente al prefecto, el cual bailaba con otra hija de obrero. Las dos debían recibir al día siguiente una cruz enriquecida de diamantes, regalos del príncipe y del prefecto. La animación y alegría de aquel baile popular encantaron á Luis Napoleón, y jamás se había creído tan feliz como en medio de aquellos proletarios, que le hacían tan cordial acogida. ¡Cómo deben felicitarse los mortales de no conocer su futura suerte! ¡Qué nube tan sombría hubiera oscurecido la frente del príncipe, entonces triunfante, si hubiera podido saber, durante las ovaciones de aquella noche del 9 de octubre de 1852, que el 28 de febrero de 1871, en la misma sala del Gran Teatro de Burdeos, transformada en local de una asamblea parlamentaria, debía pronunciarse la caída de su dinastía!

El 10 de octubre, día señalado para la marcha, el príncipe dijo á los individuos del Consejo municipal: «Señores: Me habéis recibido como á un soberano; acordaos de mí como de un amigo.» Después se dirigió á pie á la catedral, donde fué recibido por el cardenal arzobispo. M. Haussmann le acompañó hasta Laroche-Chalais, donde se despidió de él, diciéndole entonces el príncipe: «No podría estar más satisfecho de mi permanencia en Burdeos, de todo cuanto aquí he podido ver, de la posición que os habéis creado en este país difícil y de los servicios que me prestáis.» Y añadió, sonriendo: «Cuando el príncipe está contento, el prefecto puede estar tranquilo.»

En los Charentes la acogida fué más entusiasta aún que en la Gironda. Según testimonio del mismo Luis Napoleón, fué sin disputa la recepción más enérgicamente simpática que se le había hecho: el más pequeño caserío pagaba su tributo como la ciudad más grande. El príncipe se hallaba en Angulema el 10 de octubre, el 11 en Saintes y en Rochefort, el 12 en la Rochela, el 13 en Niort, el 14 en Poitiers, el 15 en Tours, y el 16 llegaba á París, donde se le había preparado una entrada triunfal.

XXXVII

EL REGRESO Á PARÍS

Jamás soberano alguno hizo en su capital una entrada más solemne y fastuosa que la de Luis Napoleón en París el 16 de octubre de 1852. El presidente de la República, que iba á ser emperador antes de terminar el año, quería presentarse ya á sus futuros súbditos con una ostentación imperial, y la pompa que desplegaba era como el prólogo del plebiscito que debía ponerle el cetro en la mano. A lo largo de aquellos bulevares, recientemente aún campo de batalla de la guerra civil y obstruidos por barricadas, un jefe de Estado avanzaba á través de arcos triunfales con todo el prestigio de la fuerza y de la autoridad. El sentimiento republicano distaba mucho de haber desaparecido de París, sobre todo entre los obreros, y una ceremonia que se asemejaba á las ovaciones de los emperadores romanos no era propia para agradar á todo el mundo; pero el aparato escénico se había organizado tan hábilmente, que el espectáculo atraía á los mismos contrarios. La multitud era enorme, pues se había hecho ir del distrito y de los departamentos próximos toda una oleada de población verdaderamente bonapartista que hacía número en las manifestaciones simpáticas. Los parisienses acudían, unos obedeciendo á un entusiasmo verdadero, y los otros atraídos tan sólo por la curiosidad. Los grandes aparatos de tropas, los tambores, las músicas militares, los brillantes uniformes y los vistosos cortejos tienen el privilegio de entusiasmarlos. En todo el trayecto que el príncipe debía recorrer desde la estación de Orleáns hasta las Tullerías — unas dos leguas — veíanse casas adornadas, pabellones de armas, banderas, estandartes, corporaciones de obreros, grupos innumerables de niños con coronas de flores y niñas vestidas de blanco; hacía un tiempo hermoso y el sol era magnífico.

La estación del camino de hierro de Orleáns, por donde el príncipe debía llegar, se había adornado ricamente, colocándose sobre un estrado un sillón de terciopelo rojo con abejas de oro y cobijado por un dosel. Las comisiones de los grandes cuerpos del Estado se hallaban en las salas de espera; y al dar las dos, varias salvas de artillería y algunos coros anunciaron que el tren penetraba en la estación. El príncipe se apeó de su coche, saludado por los gritos de «¡Viva el Emperador!» Después de cruzar algunas palabras con varios personajes, particularmente con el arzobispo de París, montó á caballo, llevando por escolta cin

cuenta y dos escuadrones, y la comitiva se puso en marcha. En la salida de la estación los trabajadores del camino de hierro habían elevado un arco de triunfo, y el príncipe debió detenerse, tan abundante era la lluvia de flores que caía á los pies de su caballo, mientras que cien jóvenes del distrito duodécimo le ofrecían ramos. Llegado á la plaza de Walhubert, se dirigió hacia el pabellón ocupado por el prefecto del Sena y el Consejo municipal. «Monseñor, le dijo entonces el prefecto, la ciudad de París, vuestra fiel capital, se felicita de veros hoy penetrar en su recinto. Hace un mes que os venía siguiendo con el corazón y el pensamiento en vuestra marcha triunfal, y esperaba con impaciencia el día en que á ella también le sería dado saludar vuestro regreso con sus aclamaciones. Ceded, monseñor, á los deseos de un pueblo entero, cuya voz toma la Providencia para deciros que terminéis la misión que os ha confiado, ciñendo la corona del inmortal fundador de vuestra dinastía.» Luis Napoleón contestó: «Si Francia quiere el Imperio, es porque piensa que esta forma de gobierno garantiza mejor su grandeza y su gloria. En cuanto á mí, sea cual fuere el título con que me sea dado servir, la consagraré todas mis fuerzas y abnegación.»

La comitiva se vuelve á poner en marcha: en la plaza de Walhubert hay un arco de triunfo con esta inscripción: «La ciudad de París á Luis Napoleón emperador.» También se leen allí los nombres de las ciudades visitadas por el príncipe en su último viaje, que se destacan en letras de oro con sus armas en el frontispicio. Después se atraviesa el puente de Austerlitz; en la plaza de Mazas hay treinta mil personas, llegadas del departamento de Seine-et-Oise, y en el bulevar Bourdón se eleva otro arco de triunfo con esta inscripción: «Los artistas del Hipódromo á Napoleón III.» En aquel momento se eleva por los aires un globo, llevando un águila colosal de oro que tiene en sus garras una corona de laurel. En el mismo bulevar, á la derecha, hay otro arco de triunfo con estas inscripciones en ambos lados: «Francia y Napoleón;» y en el frontispicio: «¡Imperio, viva Napoleón III!» Se llega á la plaza de la Bastilla, y allí están las comisiones de Seine-et-Marne.

El príncipe, siempre á caballo, avanzando solo á pocos pasos de su inmensa escolta de caballería, recorre toda la línea de los bulevares desde la Bastilla hasta la Magdalena, pasando bajo una serie de arcos triunfales; uno de ellos, que se eleva á la altura del bulevar Beaumarchais, tiene por remate un águila con las alas desplegadas y esta inscripción: «El VIII distrito á Luis Napoleón.» Otro se ve delante del Circo de Invierno, cuya construcción se acaba de terminar; en la cima de su entablamento se leen las siguientes palabras: «A Luis Napoleón los obreros del Circo;» y más abajo: «Amistad, Respeto, Abnegación.»

El arco triunfal del Teatro Lírico tenía esta inscripción: «A Napoleón, protector de las Artes;» y el de la Puerta de San Martín, estas palabras: *Ave, Caesar Imperator.* — El Imperio es la paz. Francia está satisfecha.» En la fachada del Gimnasio un águila tiene en sus garras el rayo y la corona imperial; en el teatro de Variedades hay colgaduras y atributos militares, y un poco más lejos, sobre



Recepción de Luis Napoleón después de su viaje á los departamentos

un enorme dosel sembrado de abejas de oro, se lee esta inscripción: «¡A Napoleón III! ¡Viva el emperador!» Es el tributo de los dos teatros que se intitulan ya por sí mismos, anticipadamente, Academia Imperial de Música y Teatro Imperial de la Opera Cómica. A la altura de la calle Vivienne hay dos oriflomas, que los agentes de cambio han mandado levantar, y una rica colgadura verde con estas palabras en letras de oro: «A Luis Napoleón, el Tribunal de Comercio del Sena y la Cámara de Comercio de París.» En el bulevar de los Capuchinos se ve un gran arco de follaje. El príncipe llega á la iglesia de la Magdalena; al pie de los escalones, ocupados todos por los alumnos de las escuelas comunales y por los de los colegios, teniendo á su cabeza á los Hermanos de la Doctrina cristiana y á los profesores, se ve, con su clero, al cura de la parroquia, el abate Dequerry, futura víctima de la Comuna de 1871. El príncipe detiene su caballo delante de la verja de la iglesia, cuya magnífica columnata produce un efecto tan grandioso, y el cura le dice entonces: «¡Monseñor, Dios ha querido investiros de un poder inmenso, y cómo ha puesto en vuestro corazón un amor ardiente al pueblo, cuánto bien podéis hacer! ¡Cuánto habéis hecho ya y haréis aún! ¡Bendito seáis, pues, Monseñor, en nombre de ese Dios que ama á Francia, hija mayor de la Iglesia!»

El aspecto de la calle Real, de la plaza de la Concordia y del jardín de las Tullerías no es menos animado que el de los bulevares. En medio de una inmensa multitud se destaca un bosque de banderas y estandartes: corporaciones de obreros, comisiones de los distritos rurales, veteranos del primer Imperio y jóvenes vestidas de blanco, coronadas de laurel y de rosas, representan los mercados y los talleres de París. A la entrada del jardín de las Tullerías se alza un arco de triunfo en cuyo frontispicio se lee: «A Napoleón III, emperador y salvador de la civilización moderna, protector de las Artes y de las Ciencias, de la Agricultura, de la Industria y del Comercio, los obreros agradecidos.» A la izquierda: «Constitución del año VIII. Constitución de 1852. Conversión de rentas. Crédito territorial;» y á la derecha: «Obras de utilidad pública. Caminos de hierro. Construcción del Louvre. Calle de Rívoli.» En el momento en que Luis Napoleón, después de haber pasado bajo este arco triunfal, entra en el jardín, queda como inundado por una lluvia de flores, y las aclamaciones redoblan hasta su llegada al palacio, símbolo arquitectónico de la soberanía. Después de reposar un instante en sus aposentos, como las diputaciones que están en el jardín siguen aclamándole, se presenta en el balcón de la sala de los Mariscales y da gracias á la multitud con un saludo. Por la noche, las calles y los bulevares están llenos de paseantes, y muchas casas, así como todos los monumentos de París, se hallan iluminados.

XXXVIII

ABD-EL-KADER EN SAINT-CLOUD

En el momento en que Luis Napoleón hizo su entrada solemne en las Tullerías, procedíase á la restauración de las grandes habitaciones, y el término de estos trabajos debía coincidir con el restablecimiento del Imperio. Entretanto, el príncipe habitó en Saint-Cloud. Cuando llego allí el 17 de octubre, el alcalde le dirigió este discurso: «Príncipe, desde hace un mes, Francia no abrigó más que un solo pensamiento y ha seguido con interés los detalles del maravilloso viaje que os ha convencido de que un gran pueblo, salvado por vos de los peligros del naufragio, depositaba en vos también toda esperanza de porvenir. Reinad, príncipe, reinad largos años en un país que os pagará con amor y abnegación vuestra solicitud por su felicidad.»

En Saint-Cloud fué donde Luis Napoleón recibió, en 30 de octubre, la visita de Abd-el-Kader, á quien había ido á ver algunas horas antes en Amboise, desviándose de su itinerario.

Hacía poco menos de cinco años que Abd-el-Kader estaba prisionero en Francia, á pesar de las promesas que le habían hecho en el momento de rendirse á los franceses en la meseta de Sidi-Brahim, el 23 de diciembre de 1847. La víspera, el general de Lamoricière le había hecho llevar, con la promesa del *amán*, su propio sable, como garantía de su palabra, y el emir le había escrito entonces: «Deseo que me envíes tu palabra francesa, que no pueda ser desmentida ni cambiada, y que me asegure que me haréis conducir á Alejandría, ó bien á Akka (San Juan de Acre), pero no á otra parte.» El general le había contestado: «Tengo orden del hijo de nuestro rey (el duque de Aumale) para concederte el *amán* y el pasaje de Djemma-Ghazuat á Alejandría ó á Akka; no te conducirán á otra parte. Ven como te convenga, bien de día ó de noche. Nuestro soberano será generoso para tí y los tuyos.» El duque de Aumale, entonces gobernador general de la Argelia, había ratificado la palabra dada por el general de Lamoricière, expresando la firme esperanza de que el gobierno la sancionaría; pero á mediados de octubre de 1852, Abd-el-Kader estaba aún prisionero en Amboise.

La entrevista de Luis Napoleón y del emir tuvo algo de solemne en aquel castillo, que despertaba tantos recuerdos históricos. Con sus jardines y terrados á ochenta pies sobre el nivel del suelo, sus atrevidas torrecillas, sus flechas agu-

das y los dos grandes torreones que lo flanquean al Norte y al Mediodía y en cuyo interior se puede subir en coche hasta la cima, era un magnífico cuadro para la memorable escena que allí tuvo lugar. El príncipe dijo al emir: «Abd-el-Kader, vengo para anunciaros vuestra libertad. Seréis conducido á Brussa, en los Estados del Sultán, apenas se hayan hecho los preparativos necesarios, y recibiréis del gobierno francés un sueldo digno de vuestra antigua categoría. No ignoráis que hace largo tiempo vuestra cautividad me causaba verdadero pesar, pues recordaba continuamente que el gobierno que me precedió no había cumplido todos los compromisos que contrajo respecto á un enemigo desgraciado, y nada es tan humillante á mis ojos para el gobierno de una gran nación como desconocer su fuerza hasta el punto de faltar á su palabra. La generosidad es siempre la mejor consejera, y estoy seguro de que vuestra permanencia en Turquía no perturbará la tranquilidad de nuestras posesiones de Africa. Vuestra religión, como la nuestra, nos enseña á someternos á los decretos de la Providencia. Ahora bien: si Francia es dueña de la Argelia, es porque Dios lo ha querido, y la nación no renunciará jamás á esta conquista.

»Habéis sido el enemigo de Francia; mas no por eso dejo de hacer justicia á vuestro valor, á vuestro carácter y á vuestra resignación en la desgracia; por eso considero como un honor poner término á vuestra cautividad, confiando del todo en vuestra palabra.»

Abd-el-Kader contestó asegurando al príncipe su respetuoso y eterno agradecimiento, y después juró sobre el Corán que jamás haría tentativa alguna contra la dominación de Francia en Argelia. Añadió que sería conocer muy mal el espíritu y la letra de la ley del Profeta creer que permite violar los compromisos contraídos con los cristianos, y enseñó al príncipe un versículo del Corán que condena formalmente, sin excepción ni reserva alguna, á cualquiera que falte á la fe jurada, aunque sea á los infieles.

El castillo de Amboise fué residencia de varios reyes de Francia, comenzando por Luis XI, que creó allí la orden de San Miguel. Carlos VIII nació y murió en él, y Claudia de Francia, esposa de Francisco I, dió á luz los más de sus hijos. A tantos recuerdos la historia agregará el de haberse devuelto la libertad á Abd-el-Kader por Luis Napoleón. Este suceso ha servido ya de asunto á un gran cuadro que figura en las galerías de Versalles.

El 30 de octubre, el emir volvió á ver al príncipe, esta vez en el palacio de Saint-Cloud, adonde llegó con el general Saint-Arnaud, ministro de la Guerra, y el general Daumas, director de Negocios en Argelia. Esperando al príncipe, rezó con devoción sus oraciones; y esta fué sin duda la primera vez que un musulmán había practicado en el palacio sus deberes religiosos.

Cuando Luis Napoleón se presentó, rodeado de sus ministros y de sus ayudantes de campo, Abd-el-Kader se inclinó para besarle la mano; pero el príncipe, levantándole, estrechóle en sus brazos con efusión. El emir, después de expresar animadamente su gratitud, añadió: «Quiero dejar en vuestras manos un

escrito que sea para todos testimonio de lo que he jurado, y por eso os entrego esta carta, que es la reproducción fiel de mi pensamiento.» He aquí la traducción de los principales párrafos de este documento: «¡Gloria al Dios único! ¡Que Dios continúe dando la victoria á Napoleón, á nuestro señor, al señor de los reyes!... El que ahora se halla ante vos es el antiguo prisionero á quien habéis



Abd-el-Kader

devuelto generosamente la libertad, y que viene á daros gracias por vuestros beneficios. Abd-el-Kader, hijo de Mahhi-ed-Din, se ha presentado á V. A. para manifestaros su agradecimiento por el bien que habéis hecho, y regocijarse con vuestra vista, pues juro por Dios, dueño del mundo, que vos sois, Monseñor, más caro á mi corazón que ninguno de aquellos á quienes amo.... Habéis creído en mí sin dar crédito á las palabras de aquellos que de mí dudaban, me habéis devuelto la libertad, y yo os he jurado solemnemente por la palabra de Dios, por sus profetas y sus enviados, que no olvidaré jamás vuestros beneficios ni pondré nunca los pies en Argelia.

»Cuando Dios quiso que hiciese la guerra á los franceses, la hice, batiéndome cuanto he podido, y cuando Dios lo decidió, renuncié á la lucha.....

»Soy testigo de la grandeza de vuestro Imperio, de la fuerza de vuestras tropas, de la inmensidad de las riquezas de Francia, de la equidad de sus jefes y de la rectitud de sus actos. No es posible creer que nadie pueda venceros ni oponerse á vuestra voluntad, como no sea el Todopoderoso.»

Evidentemente había nacido entre el prisionero de Amboise y el antiguo prisionero de Ham una verdadera simpatía, la cual se revelaba en las últimas frases de esta hermosa carta: «Espero de vuestra benevolencia y bondad que me conservaréis un lugar en vuestro corazón, pues yo estaba lejos y me habéis colocado en el círculo de vuestros amigos íntimos; si no los igualo por mis servicios, los igualaré al menos por la amistad que os profeso. ¡Que Dios aumente el amor en el corazón de vuestros amigos y el terror en el de vuestros enemigos! Nada más me resta añadir sino que confío en vuestra amistad; y renovando mis buenos deseos, repito mi juramento.»

Luis Napoleón dijo á Abd-el-Kader: «Vuestra carta me conmueve tanto más cuanto que yo no os había exigido ninguna promesa por escrito, siendo para mí suficiente garantía el conocimiento de vuestro carácter. Este acto espontáneo de vuestra parte prueba que tuve razón al creer en vos.»

El príncipe acompañó después al emir á visitar el palacio de Saint-Cloud y le condujo á las caballerizas, donde le enseñó sus caballos predilectos, anunciándole que le invitaría próximamente á una gran revista de caballería para que probase el caballo que se le destinaba.

Abd-el-Kader y Luis Napoleón se separaron muy contentos uno de otro. La libertad otorgada al emir había producido en todas partes agradable impresión; á los pocos días debería asistir á las fiestas de la inauguración del Imperio, y su presencia, homenaje simbólico de Argelia á Francia, debía llamar la atención de la multitud en alto grado. Muy joven aún en aquella época, recuerdo que tuve el honor de ser presentado al héroe africano. Con su rostro de expresión noble y grave, sus ojos de fuego, su tez mate, su albornoz blanco y su ademán de guerrero y de pontífice, tenía algo de imponente: era en realidad el verdadero jerife, el descendiente del Profeta.

El príncipe había tenido una feliz inspiración al efectuar un acto de generosidad y de justicia pocos días antes de subir al trono, y la opinión pública se lo agradeció lo mismo en Argelia que en Francia. Por lo demás, Abd-el-Kader justificó de una manera brillante la confianza que se le había dispensado, cuando cerca de ocho años después, al ocurrir las matanzas de Siria, salvó la vida de tantos cristianos amenazados por el fanatismo musulmán, mereciendo por su humanidad y su intrepidez el gran cordón de la Legión de Honor.

XXXIX

PARÍS

París es una ciudad tan pronto ingobernable como fácil de regir, que en ciertas horas no piensa más que en los odios, en las pasiones y en las luchas políticas, y que en otras toma por divisa: ganar dinero y divertirse. De carácter inquieto, versátiles, sucesivamente revolucionarios y autoritarios, los parisienses pasan, sin transición casi, desde el régimen de los descamisados al de los de calzón corto; y con pocos años de intervalo, los mismos hombres levantan barricadas contra un soberano, y arcos de triunfo en favor de otro. Sin saber por qué, tan pronto desprecian el poder como le rinden culto; la libertad les parece hoy el bien supremo y mañana la perderán sin el menor sentimiento. Solamente algunos hombres superiores se mantienen fieles á sus doctrinas, y persuadidos de que el régimen parlamentario es la mejor garantía, así para la prosperidad como para la dignidad de las sociedades modernas, piensan que no hay jamás razones suficientes para cubrir con un velo la estatua de la Libertad. Pero estos hombres son raros, y á los ojos de muchos franceses un golpe de Estado llega á ser legítimo tan sólo por el hecho de haber tenido buen éxito. El derecho que reconocen de mejor voluntad es el del más fuerte, y dejan para varios Catones aislados el honor de seguir defendiendo las causas vencidas.

A fines de 1852 no se ocupaban ya de política en París. El parlamentarismo parecía ser una sutileza bizantina, gastada y fuera de moda; la tribuna era como una ruina arcaica, y nadie pensaba en levantarla de nuevo. Las últimas asambleas, por sus discordias, por su falta de consecuencia y por su estéril logomaquia; los partidos por sus divisiones, y la prensa por sus violentos excesos, habían fatigado á la opinión. La misma ciudad que había derramado su sangre para combatir las ordenanzas de Carlos X, veía con indiferencia á Luis Napoleón amordazar á la prensa.

Es cierto que muchos obreros permanecían fieles á la República en el fondo de su corazón; pero como sus jornales eran más subidos que nunca, disfrutaban tranquilamente de su bienestar. Habían concluido los trabajos de la calle de Rivoli, disponíanse á terminar el Louvre, la transformación de París era su obra, y no sin cierto orgullo iban á hacer de esta ciudad la capital de las capitales. Las furiosas diatribas de los refugiados políticos de Londres y de Jersey no tenían eco en los proletarios parisienses. Luis Napoleón, sin escolta alguna, se paseaba